

El Corresponsal de París  
Hoja autógrafa diaria.

Paris 22 Abril de 1888.

Servicio de la prensa española.

Redaccion y Administr.<sup>on</sup>  
17 y 19 rue Maubeuge.  
Paris.

## Suplemento.

- Sumario: El reclamo en literatura, por N. = La literatura castellana en el siglo XIX, por Pompeyo Gener. = Rima (fragmento), por Diego Hugo Ramirez = Miscelánea, por N.

### El reclamo en literatura.

Si hubo alguien en el mundo que tuviera menos necesidad de singularizarse fuera de las obras maestras que diariamente escribía, seguramente fue Honorato de Balzac. Y sin embargo, este gigante de la novela contemporánea no dejó de recurrir a ciertos artificios, a menudo groseros para llamar la atención acerca de sus obras.

Madame de Girardin cuenta que una noche, en la Opera, recibió una sorpresa muy grande. "Contaban, dice, Roberto el Diablo. Apenas ocupé mi butaca de orquesta, me llamó la atención un objeto extraño. En un palco proscenio se destacaba un bastón enorme. ¿Pero era un bastón aquello? ¿A qué gigante podía pertenecer? Indudablemente era el colosal bastón de alguna colosal estatua de Mr. Voltaire. ¿Quién era el audaz que se arrogaba el derecho de llevarle? — Coji mis gemelos y observé... Al empezarse el acto, el hombre, cuyo era el bastón, se adelantó para mirar la escena. — "Dispense V., caballero, le dije a mi vecino. ¿Sabe V. el nombre de aquel señor que lleva un cabello tan largo?" — "Es Mr. de Balzac!"

¿Quién se atrevería hoy a presentarse en la Opera en semejante quiza, con aquel bastón de borlas — porque era de borlas — y con una melcha que le llegaba hasta la mitad de la espalda? Aun suponiendo que se encontrara un pintor bastante atrevido o un dentista tan sediente de publicidad que lo intentase, los porteros se mirarian mucho para dejarle entrar en la sala. Pero llegó un día en que Balzac no tuvo necesidad de su



baston: ese día fue aquel en que cambió su sobrenombre de el mas pequeno de los novelistas por el nombre glorioso del autor de la Comedia Humana.

Nos llama, referido a la melena, que siempre fue gran agente de celebridad. La de Teófilo Gautier rivalizaba con la de Balzac, si no la sobrepasaba. Merecía ser llamada Apolina, Lamoniaca, abraloniaca, merovingia. A pesar de eso, Gautier no tenía ninguna vanidad, en el sentido vulgar de la palabra. Pero sabía lo que valía. Un día, en un banquete oficial, entre muchos personajes de títulos sonoros, el gran vauveillista Dubart le vio y dirigiéndose a él, le dijo en voz baja:

— Si hubiera sabido que había tanta gente, no hubiera venido.

— ¡Tanta gente? exclamó Teófilo Gautier, irguiendo su hermosa cabeza. ¡Si no somos, mas que dos!

Todos los que conocieron a Méry, saben lo sensible que era al frío. Llegado de Marsella para encontrar en Paris algo del calor provincial, Méry había imaginado llevar dos o tres gabanes superpuestos. Mediante este suplemento se mantenía en plena casaca sobre las gradas de Cortoni a la temperatura de su querida Cannetière. En el teatro, lo mismo que en los boulevares, se le veía siempre envuelto en sus abrigo, y a pesar de caloríferos y estufas, pretendía tiritar, sobre todo en las noches de tragedia.

Nadie como Méry supo cultivar su fealdad y hacer de ella una cosa tan inteligente y simpática, que había concluido por conquistar el sobrenombre de Horito de los novos.

Si alguno ha abusado de los golpes de efecto bajo todas las formas, fue seguramente Alfonso Karr. Comenzó por salvar, con peligro de su vida, a un coracero del segundo regimiento, que se ahogaba en el Marne.

Pero no todos tienen a mano un corazón en vías de ahogarse. Al cabo de algun tiempo, el coracero desapareció y no se habló más de él. El autor de Bajo los titer le reemplazó por un serbio perro de Teravassova, al cual dio el nombre de Freischütz. Después se unió a un guitarrista de primera fuerza, Leon Gotayas, que tenía todas las cualidades de un confidente de teatro, es decir, que escuchaba sin responder y soportaba pacientemente todos los golpes de efecto, los pistolazos que Karr disparaba continuamente a su oído. — Gotayas conserva la reputación de Alfonso Karr, que continúa hoy una existencia embellecida por las vergeias - meinichit y saturada por los perfumes de X.



## La literatura castellana en el siglo XIX.

(Continuacion)

Y la crítica, que debiera corregir tales abusos, hace en general todo lo contrario. Estigmatizar ó poner en ridículo todo lo que no sea correcto ó ciuclado; admirar exagerada é inconscientemente á los que la fama levanta, injustamente las más de las veces; confundir las mediocridades castizas ó los habladores aparatosos con los verdaderos genios: he aquí lo que están haciendo continuamente la mayoría de los críticos. De la coronada villa, en lugar de predicar la aversión al amaneramiento en el lenguaje y en los conceptos, en lugar de distinguir las finuras rebuscadas, las pinceladas relamidas, las variedades correctas, el estilo pulido y artificial, de lo profundamente sentido, de lo solidamente pensado, de lo que viene lleno de savia y presado de ideas. El erudito indigesto, el humanista ligero y brillante, el espíritu ingenuamente paradójico, la pseudo-ciencia pedante, toda gloria de similitud y de tales hace el efecto que debieran hacer las obras bien contruidas sobre sólidos fundamentos, en las que la belleza resulta de las proporciones generales, en las que los detalles surgen naturalmente sin atorgar el conjunto.

Para hacer obras de arte duraderas, es preciso ver lejos y andar, y lo mismo para criticarlas. Cuando se miran las cosas demasiado cerca, el campo de la vision se contrae. La misma historia no es sino un inventario de cosas inútiles cuando no está escrita por un espíritu que tenga el don de generalizar cual un filósofo y la pluma sintetizadora del artista. De otro modo solo hallase en ella egoismos personales, pequeñas pasiones de época, mercuriedades patrióticas, preocupaciones de vara. Pero la distancia á que se colocan las inteligencias superiores borra tales miserias, y entonces percíbase el conjunto, que es lo únicamente verdadero, á la vez inducción científica y obra de arte, ley y poema.

Dírase que la generalidad de los escritores que en Madrid pululan, ignoran que para crear una obra maestra, en literatura como en no importa que arte, es preciso ver el conjunto de las cosas, antes que formularlas en palabras, tener ideas antes que estilo, estilo antes que lenguaje. Un fin, una idea y un plan: he aquí los tres elementos de la obra de arte, tan bien determinados por



Campesano en su Poética y tan desconocido por muchos de los que llenan columnas y páginas con sus escritos, cumplido, lo cual, el lenguaje castizo es lo de menor Shakespeare sus conmensura trata en sus malas traducciones; ¿sería igual con la mayoría de nuestros académicos?

Sin embargo, deben hacerse excepciones: hay algunos literatos penadores que han escrito en estilo claro y sobrio; pero apenas logran imponerse a la multitud de escritores banales que se hacen aplaudir únicamente por su ingenio o por su dición castellana.

Los trabajos científicos y filosóficos han afectado también un carácter análogo en Madrid y por influencia en toda España. Algunos años antes de la Revolución, Sanz del Río, catedrático de la Universidad Central, fue permitido por el gobierno moderado para estudiar la filosofía en Alemania. En Heidelberg trabó amistad con Krause, hegeliano de la derecha, casi desconocido en su país. Al volver, Sanz del Río trajo el krausismo a España. Al principio, nadie comprendía una palabra, y no es extraño pues, exceptuando algunos eruditos, ni lo que significa la filosofía sabía nada. El profesor estaba explicando la filosofía de Krause a algunos varisimos iniciados, cuando de pronto se notó en las esferas oficiales que aquello no estaba conforme con la ortodoxia pura. Desde entonces, el krausismo fue objeto de las iras de los conservadores. Al poco tiempo triunfó la Revolución, y el krausismo fue considerado como la filosofía revolucionaria por excelencia; casi todos los progresistas y los demócratas se hicieron partidarios de esta escuela. Ser krausista era sinónimo de ser inteligente y liberal; los jóvenes se hacían krausistas como quien se hace miliciano nacional. Aprendiendo una embrollada fraseología y formulando de una manera cabalística ideas confusas, cualquiera se creía ser un profundo pensador. Un lenguaje ininteligible, presuntuoso y recargado, para nada por verdadera ciencia; hasta tanto quienes por solo hablar el argot de un tecnicismo idealista, fueron tenidos por sabios consumados.

A pesar de todo, no faltaron inteligencias serias que siguieran un camino verdaderamente científico, tales eran los que formaron la Revista Contemporánea y la Revista Europea. En el Ateneo de Madrid, discurriendo el positivismo, se dieron a conocer algunos oradores partidarios de las escuelas filosóficas modernas; pero en general se concedía demasiada importancia a la expresión, a la forma, y abundaban los discursos elocuentes, fluidos y pomposos pero desprovistos de un fondo seriamente científico.

Compendio General

(Se continuará)



## Rima

(fragmento.)

— "Mira, Ofelia, qué nubes tan sombrías  
Cubren la altiva faz de la montaña!

Así, como esas nubes,  
Las sombras son que envuelven a mi alma.  
El sol salvará; las tenebrosas nieblas,  
Por sus radiantes rayos desgarradas,  
Descubriéndome

Más verde y más hermosa la montaña!

Así también las tristes  
Sombras que envuelven en tiniebla el alma,  
Serán desvanecidas

Por el ardiente sol de mi esperanza!"

Diego Fugo Ramirez.

## Miscelánea.

Un marido al separarse de su mujer para un largo viaje,  
la dice abrazándola:

— No olvides la fe jurada.

La mujer, muy conmovida, saca el pañuelo y hace  
un nudo en una de las puntas.

El marido se aleja tan tranquilo.

Gedeon va a pasar el día en Versalles con uno, amigo,  
y se apresura a tomar en la estación los billetes.

— ¡Cómo! ¿Por qué no los has tomado de ida y vuelta?  
— le pregunta uno de ellos.

— ¡Sí! contesta Gedeon - mira la hora que es. No  
he tenido tiempo.

En una tertulia se habla del juego y de la resignación  
con que cada cual sobrelleva su mala suerte.

— Pues, yo, - dice uno de los interlocutores - perdí una  
vez 300.000 francos y vi eso con tanta indiferencia como si hubiese  
perdido diez sueldos.

Los oyentes prorumpieron en exclamaciones de admiración.

— ¿Y dónde fue eso? En Monte Carlo?

— En Baden?

— En Bélgica?

— No, añadió impronunciadamente el que hizo pérdida. Fue en

L.